

PENSAMIENTOS ESPAÑOLES  
DE  
**D.<sup>a</sup> Francisca de Larrea Böhl de Faber**

---

PUBLICADOS POR  
HUBERT BECHER S. J. (BONN)

---

El año 1916 publicó D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos de Lampérez un artículo sobre la mujer de D. Nicolás Böhl de Faber, D.<sup>a</sup> Francisca de Larrea,<sup>1</sup> dando en él noticia de una colección de cartas y opúsculos literarios hasta ahora desconocidos, y prometió publicarlos. No hay duda que para la historia del romanticismo español, y más para la historia de la vida espiritual de la España en los principios del s. XIX, estos ensayos tienen valor, y así sentimos que según nuestro saber D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos de Lampérez no cumpliera su promesa.

La biblioteca nacional de Viena posee, entre otros manuscritos de la familia de Böhl de Faber,<sup>2</sup> un códice intitulado «Algunos

---

1. Blanca de los Ríos de Lampérez. D.<sup>a</sup> Francisca de Larrea Böhl de Faber, Notas para la historia del romanticismo en España, Revista crítica hisp.-americ. 2 (1916) 1-18.

2. Cód. n. 14602. Coplas de Bolero y otras poesías populares de Cecilia Böhl de Faber con versión germánica (parcial).

Cód. n. 15010. El autógrafo de «El solchante de lugar», novela de Cecilia Böhl de Faber, con una carta auténtica del héroe de la novela, F. Gil, en que da las gracias por haber recibido «la gran pipa», y su retrato esbozado.

El manuscrito se ha publicado con una introducción muy esmerada por J. F. Montesinos, Un esbozo de Fernan Caballero en «Volkstum und Kultur der Romanen» 3 (1930) 232-257.

3. Cód. n. 14792: Argumentos de romances y epopeyas antiguas, castellanicas, y copias de las partes selectas:

1. 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte del «León de España», por Pedro de la Vecilla Castellanos. Salamanca, 1586.
2. «El Pelayo», del Pinciano. Madrid, 1605.
3. La Conquista que hicieron los poderosos y católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabe en el reyno de Granada. Compuesta en octava rima por Duarte Dias Lusitano. Madrid, 1590.
4. «Los Amantes de Teruel», por Juan de Yague. Valencia, 1616.
5. «Jerusalén Conquistada», Epopeya trágica de Lope Félix de Vega Carpio... Barcelona, 1609.
6. «La Hermosura de Angelica», de Lope de Vega Carpio. Madrid, 1602.
7. Tercera parte de las rimas de Lope de Vega Carpio. «La Dragontea». Madrid, 1602.
8. «Liga deshecha, por la expulsión de los Moriscos de los Reynos de España». Compuesta por Juan Méndez de Vasconcelos, Cavallero portuguez... Madrid, 1612.

pensamientos Españoles de una Española». Estos pensamientos son ensayos y cartas de D.<sup>a</sup> Francisca, los cuales su marido envió el año 1821 a su amigo, el conocido Dr. Julius, en nombre de su mujer «para el recreo de Vd. y los amigos de igual sentir, porque ahora en España semejantes escritos no son de moda». Nuestra colección contiene, sin duda, varios artículos y cartas idénticas con las halladas por D.<sup>a</sup> Blanca; otras faltan, como el fragmento escrito en Chactas en abril 1817 y la carta a un amigo protestante (Blanco White). Vamos a publicar estos curiosos testimonios del espíritu de una Española patriótica del s. XIX, que ya sólo por ser madre de Fernan Caballero merece nuestro interés y cariño.

Pero antes permítasenos hacer algunas observaciones sobre el carácter de D.<sup>a</sup> Francisca, tal cual aparece en sus escritos. Era un deber de justicia que D.<sup>a</sup> Blanca en su artículo esclareciera el nombre de la mujer y compañera de combate de D. J. N. Böhl de Faber; pues Camille Pitollet <sup>1</sup> la había obscurecido demasiado. Pensando sólo en la enfermedad nerviosa de sus últimos años, sabiendo sólo los testimonios de Galiano que habla de «la suma vehemencia de

---

1. Camille Pitollet, la querelle caldéronienne de J. N. Böhl von Faber et G. J. de Mora, Paris, 1909.

9. «Nueva Jerusalén, María», poema heroico, de Antonio de Escobar y Mendoza. 5.<sup>a</sup> impresión. Madrid, 1761.

10. «Poema del Cerco de Diu», por Corte Real. Madrid, 1594.

11. «El Monserrate», de Cristóbal de Virues. Madrid, 1609.

El segundo Monserrate. Fundación de aquella casa, vida y penitencia de J. Gaurin (!) Milán, 1602.

12. «San Ignacio», poema heroico de Antonio de Escobar y Mendoza. Valladolid, 1613.

13. «Sagrario de Toledo», poema heroico por el Maestro Josef de Valdivielso. Madrid, 1616.

14. «Las Navas de Tolosa», poema heroico de Cristóbal de Mesa. Madrid, 1594.

15. «La Austriada», de Juan Rufo. Madrid, 1584.

16. «El Peregrino Indiano», por Don Antonio de Saavedra Guzmán. Madrid, 1599.

17. Primera y segunda parte de la «Carolea», compuesta por Hieronymo Sempere. Valencia, 1560.

18. «El Bernardo o Victoria de Roncesvalles». Poema heroico del Doctor Don Bernardo de Valbuena. Abad mayor de la Isla de Jamayca. Madrid, 1624.

(Nota de D. J. N. Böhl de Faber al Dr. Julius:)

Diese epischen (?) Auszügl legen die zu den übrigen, wo sie abwarten müken ob mir der Himmel noch dermaleinst die nöthige Muke machen wird, um eine epische (?) floresta auszuarbeiten  
B. v. F.

19. «La Araucana». Parte primera. Dirigida al Rey Don Felipe, nuestro señor. Su autor Don Alonso de Ercilla y Zúñiga... Madrid, 1776.

20. «Arauco domado». Compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile... Madrid, 1605.

21. «El Ignacio de Cantabria», por el Licenciado Pedro de Oña. Sevilla, 1639.

22. Primera parte de «La Angelica», de Luis Barahona de Soto. Granada, 1586.

la no joven mujer, singular y algo afectada», conociendo sólo los pocos artículos de su mano que están insertos en los «Pasatiempos», y creyendo que sus exageradas instigaciones habían causado más o menos la conversión de su marido al catolicismo, había pintado a la ingeniosa escritora como una mujer docta y casi como una bachillera. D.<sup>a</sup> Blanca, al contrario, nos parece haber exagerado en sentido opuesto. Claro está que aquella mujer inteligente del s. XIX, que en sus artículos se muestra tan patriótica y de tan profundos sentimientos, debía excitar todas sus simpatías. Y se comprende también que tienda a atribuirle a ella lo más substancial de las ideas románticas que propugnaba D. Juan Nicolás en su contienda con Mora y Galiano. A esto se añade que el buen Alemán no estaba siempre conforme con las tendencias intelectuales de su mujer.<sup>1</sup> «La esfera intelectual, le escribió de Görslow, no se ha hecho para las mujeres. Dios ha querido que el amor y el sentimiento sean su elemento». Frases como las de Serafina Rubio en el Diario Mercantil de Cádiz del 24-6-1818, «declaro que las mujeres..., somos en iguales circunstancias de buena instrucción y oportunos estímulos más aptas que los hombres para sobresalir en buenas letras y en las artes liberales», dan una luz rápida y clara sobre los comienzos de la emancipación de la mujer, que en aquellos años se observan como en Inglaterra y en Francia, así en Cádiz, Barcelona, Valencia, &. Y no es extraño que los reparos que hace D. J. Nicolás en este punto, no hallen la aprobación de una escritora de nuestros días.

Mas resueltamente he de oponerme a la opinión de D.<sup>a</sup> Blanca, que en la lucha sobre los valores de Calderón no bastaba «el influjo germánico» de «Böhl, en quien el fervor por nuestro teatro antiguo era, a la vez, «diletantismo intelectual, moda germánica, odio a Francia y antipatía al clasicismo»; que «se necesitó de todo el patriótico fervor de la Independencia para apreciar a Calderón». Verdad es que la educación de D.<sup>a</sup> Francisca en Francia e Inglaterra la habían elevado mucho sobre el nivel de la cultura espiritual general de la mujer de entonces; verdad que las tertulias literarias en Cádiz habían profundizado sus conocimientos y su gusto, como

---

1. El libre de Mary Wollstinecraft Godwin, «Vindication of the rights of women» había tenido influjo en ella como en otras Españolas.

lo concede Galiano, y que el patriotismo la hacía estudiar más y más los autores de los tiempos gloriosos de España. Pero fuera de todo eso no hay que negar o atenuar el influjo de su marido y de las ideas que él le facilitaba.

Nos imaginamos el proceso de su formación de esta manera: D.<sup>a</sup> Francisca no era nunca sólo la amanuense de D. J. Nicolás. Por otra parte, él dedicaba ya desde el principio de su estancia en España, a las obras literarias, sus horas de descanso y recreo, terminados los trabajos del comercio, con el cariño y la cultura de un discípulo de Campe, y entusiasmado por la vehemencia de su novia y mujer.

Durante el primer decenio del s. XIX, estando Juan Nicolás en Alemania con Cecilia, las necesidades políticas, las amistades y el trato con la flor intelectual de España, aumentaron y formaron más el patriotismo de D.<sup>a</sup> Francisca y el cariño hacia las hermosuras de los campos, bosques, ríos y flores de Andalucía. El odio a los enemigos de su Patria y a su filosofía se grabaron hondamente en su espíritu, y el estado político de España durante el reinado de Carlos III vino a ser su ideal.

La correspondencia con su marido, y lo que oía de las tendencias literarias de A. W. Schlegel, influyeron en el mismo sentido. Sabemos, por sus cartas, que leía mucho: «Me ocupo de Calderón y de nuestros antiguos poetas para procurarme algún consuelo». (Chiclana, 21-11-1810). Con todo, su actividad literaria comienza de veras después de la vuelta de D. Juan Nicolás a Cádiz en 1814. Nos parece que entre los ensayos, los que se han escrito después de este año son muy superiores a las piezas anteriores de un tono más lírico. Esta evolución ascribimos al influjo del marido que había vuelto embebido de las ideas románticas de Alemania. Consentimos con D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos en que el fervor siempre será lo característico de D.<sup>a</sup> Francisca, pero el profundo conocimiento, todo lo que daba peso a los escritos en la contienda calderoniana, eso lo atribuimos, por la mayor parte, al genio tranquilo del Alemán, a quien apreciaban, precisamente por esto, Durán y sus amigos, quienes le nombraron Miembro de la Real Academia el 20 de Abril de 1820.

Esto no disminuye los méritos de su mujer, cuyo entusiasmo y buen sentir se hacen palpar en todas las páginas de sus escritos.

Distinguimos entre ellos los breves ensayos de los años 1808 y 1809, y cuando estando en Chiclana sufrió los terrores de la invasión francesa, y los escritos del año 1814 en que triunfa su patriotismo sobre el tirano. Varios artículos se conservan del año 1817, después del primer encuentro con Mora. Entre ellos sobresalen un fragmento escrito el 16 de agosto de 1817 y un Diálogo intitulado «La razón y el sentimiento», escrito el 1 de febrero en el Puerto de Santa María. Fuera de esos ensayos tenemos dos colecciones de cartas: la una, Extractos de Cartas desde Chiclana a Görslow, que describen su viaje desde Bayona a Andalucía y sus recuerdos de la ocupación francesa y del sitio de Cádiz; la otra, de un viaje a Arcos de la Frontera de 10 a 22 de julio de 1820, en las cuales da descripciones del paisaje y del pueblo encantador, y refiere los sucesos del 1 de enero de 1820 en la insurrección del General Riego. Ya se ve que estas cartas tienen mucho interés para el historiador que recibe noticia de muchos detalles. Las cartas, como los ensayos, son además una fuente preciosa para el conocimiento de las ideas de aquellos días y de la evolución del romanticismo. Tres tendencias se pueden distinguir: El amor a la naturaleza, el patriotismo, el odio a la «ilustración».

D.<sup>a</sup> Francisca vuelve a describir, con predilección, la naturaleza de su patria, por la cual ansía, y en la cual sueña también en el extranjero. ¡Cómo sabe pintar el campo y el bosque y cómo sabe sentir el alma que palpita en cada flor de su querida España! Con todo, el ámbito de sus imágenes no es muy grande y a veces un poco tópico. El apacible murmullo del arroyuelo, el bramido del mar, la luz amarilla de la luna, los suspiros del ruiseñor, del genio de la melancolía, los perfumes de las flores y de la maleza del campo—y ya hemos enumerado casi todos sus motivos.—Es interesante para nosotros el observar lo que ella piensa del paisaje de los países del Norte. Sabemos que en los poemas románticos la selva oscura del Norte hace gran figura y exhala melancolía e íntimo sentimiento. Para D.<sup>a</sup> Francisca «los campos del Norte en vano procuran ocultar su gran objeto: *la utilidad*»; este paisaje no es poético, sino triste y desolador.

Las páginas de que hablamos están llenas de ardiente patriotismo, llenas de amor para la historia de España, así como para el Monarca Fernando VII. Todo lo que se le opone es objeto de su

odio intransigente. Entusiasmo y odio son las dos fuerzas de su alma. Entusiasmo para la historia, el suelo, el pueblo, la literatura, el monarca de su Patria; odio a los franceses, a la cultura francesa, a la ilustración de los afrancesados, al liberalismo político, como p. e. al General Riego y a sus partidarios. Si en la contienda calderoniana observamos esta oposición radical de los Galianos y Moras; si leemos en los Recuerdos de Galiano que había entrado «con ella y su estimable marido en agrias contiendas literarias en que hubieron de ingerirse, con poco disimulo, cuestiones políticas, no sin grande peligro mío en aquellas horas (pp. 176 s.)», y si en los artículos de los Pasatiempos o las páginas de la Crónica científica y literaria notamos sólo disimuladamente estos fondos políticos, la lectura de las Cartas de Arcos de la Frontera nos dice todo y descubre la exageración política de aquellos días. Aun aquí, nos inclinamos a creer que D. J. Nicolás no estaba conforme, del todo con el fervor excesivo de su mujer, opinión que fundamos en sus propios escritos de carácter más moderado. Por otro lado, nos parece que ella le inspiró un poco de su odio a la ilustración que siempre vuelve a aparecer en nuestros ensayos. De interés actual son también los ataques a las consecuencias funestas de la industria, que parecen escritos hoy. Lo que no sabíamos hasta ahora, y que conocemos por las cartas del año 1820, es que en los años después de la lucha calderoniana, D.<sup>a</sup> Francisca—y su marido—se entusiasmaban con las ideas de Bonald, de Lammenais, Chateaubriand y los demás tradicionalistas de Francia.

Dos palabras sobre la forma literaria de los ensayos. Notamos la predilección al fragmento tan usado por los románticos, que al fin deja suspenso e indeterminado el pensamiento e invita a soñar. Un recurso literario de D.<sup>a</sup> Francisca son las visiones y personificaciones de los genios y de las ideas, recurso que recuerda la época pasada del barroco.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> En los artículos que vamos a copiar, conservamos la ortografía del original, sólo escribimos «que» en vez de q.<sup>e</sup> Las notas del manuscrito van entre (-); las del editor entre [-]. Lo que subraya la autora va en letra cursiva. En las cartas no damos las descripciones de los campos y pueblos, ya que conocemos bastante la manera de ver la naturaleza por los ensayos de nuestra autora.

## Algunos pensamientos españoles de una española

---

[Nota de mano de J. N. Böhl de Faber] Herrn Dr. Julius. Diese Opuscula übersendet Ihnen meine Frau zur Erholung für sie und gleichgestimmte Freunde. In Spanien sind sie nicht an der Tagesordnung. Cadiz Juny 1821.

*Böhl v. Faber.*

[fol. 2 v.]

### [1] UNA ALDEANA ESPAÑOLA A SUS COMPATRICIAS

Una vez fué noble la inercia de nuestra Nación—pues más noble es el reposo que una vana agitación por pequeños intereses. —Pero hoy que el entusiasmo se ha despertado, y que combatimos por nuestra Religión, nuestra independencía y nuestro Rey; hoy que podemos desplegar las virtudes que la naturaleza ha vinculado en nuestra Patria; hoy, en fin, nos será fácil levantarnos del abatimiento en que el mundo entero nos ha visto abismados. No nos aterren las armas del desolador universal; no nos acordemos de las victorias que más debe a sus seducciones que al valor de su brazo. Los Españoles no se compran.

Y nosotras Españolas, usemos también de las armas que nos son propias. Acordemos a nuestros Esposos e hijos sus obligaciones. Pintémosles las dulzuras de una muerte en defensa gloriosa de su Religión y Patria; comparémosla con la ignominia de una vida esclava y de una cobarde conformidad con un sistema cuyos ardidés confirman su infamia. Desterremos la timidez de nuestros corazones, elevando nuestra alma a aquella altura desde la cual se ve esta vida como un paisaje hermo­seado únicamente por nuestras virtudes—y cuál sería la Española que respetase hombres que se dejasen avasallar por el temor de la muerte o por el bajo interés de la ambición personal?—Esos hombres miserables también venderían la virtud de sus mugeres—y entonces ¿cuál sería nuestra

suerte? Clamemos, pues, con voz de ángeles que la victoria es nuestra, que el Dios de los ejércitos es nuestro caudillo, que el alma del valiente crece cuando combate—, que las dudas son traidores, que nuestra causa es la del que *va y camina por cima de los mares más hinchados*, que el alma pequeña es como el vapor del fangoso lago que no se atreve a subir hasta la verde colina por temor de los vientos—y, en fin, que si el Todo Poderoso y Justo por sus altas miras permite que momentáneamente seamos vencidos, su mano nos abre las puertas del Cielo. Morir o vencer Españoles! Rogad y persuadid Españolas!

Chiclana, 10 junio 1808.

[Nota de D. J. N. Böhl de F.:] Diese coard damals gedruckt und so woohl aufgenommen als sie es verdient.

[fol. 2 v.]

[2] SALUDA UNA ANDALUZA A LOS VENCEDORES  
DE LOS VENCEDORES DE AUSTERLITZ EN LOS  
CAMPOS DE BAYLEN

¡Fiel, magnánimo Castaños! Valeroso Reding! Incorruptible La Peña! Hombres ilustres! Nobles caudillos de la más noble causa! Memoria viva de los gloriosos tiempos del valor y generosidad! Verdaderos Héroes, os saludo!

Permitid a una Española, orgullosa de vuestras hazañas, regar con flores humedecidas por las deliciosas lágrimas del entusiasmo, la senda de vuestros pasos triunfantes. Oid las bendiciones de España: de este España siempre religiosa, pura y honrada; hoy cubierta de gloria!

Ella os reconoce por los campeones de su honor e independencia, los depositarios de su nobleza y generosidad, los invencibles protectores de sus antiguas virtudes. ¡España os bendice! Vuestros nombres vibraron con amor en el alma de Fernando! La madre que tembló por su hijo llevará los sollozos de su gratitud ante el Dios remunerador. La joven inocente pedirá recompensas con el mismo corazón de sus amores. El anciano con su cabellera blanca os venera. Los balbucientes niños han aprendido a repetir vuestro nombre con el ingenuo alborozo de la temprana felicidad. Los vencidos



(si hay alguno digno de ello) conocerán que los gefes Españoles no estrivan su gloria en la sangre que hacen derramar; a la par de la ignorancia perdieron también la ferocidad de los Godos.

Y tu Castaños! héroe cristiano! que alzando la vista al océano de luz tachonado de estrellas, virtudes y amor, acaloraste tu imaginación con la memoria del gran Conquistador *Fernando*, mezclando con ella la de nuestro inocente Monarca; tu, que alejaste al frío y soledad del sepulcro, cercándolo de las augustas sombras de nuestros héroes pasados; tu, que convencido de que la gloria se complace en escoger sus víctimas entre los vencedores que corona, no temiste el día de la retribución. ¡Recibe las bendiciones de *España!*

Guerreros magnánimos! El ruido de vuestras hazañas ha despertado esta antigua Nación! Su existencia era lo pasado! En derredor de sus recuerdos todo callaba. Sólo la gloria, cual furioso torrente que arrolla el reposo altanero del León, podía haberla sacado del noble letargo que algún día le infundió su honor y lealtad. Esforzados guerreros; el suelo de la *Andalucía*, Imperio feliz del Sol, os ofrece sus laureles, sus aromas. El aura perfumada de su sereno cielo os llevará nuestros cantos de entusiasmo y gratitud.— Guerreros valerosos! Nos habeis dado el universo que habíamos perdido. *La España* os bendice y saluda!

30 julio 1808. Chiclana.

[fol. 3. r.]

[3]

## ANDALUCÍA

Una visión. Escrita en Chiclana en 15 abril 1809.

«Connaissez vous cette terre ou les orangers fleurissent, que les rayons des cieux fecondent avec amour? Avez vous entendus les sons melodieux qui celebrent la douceur des nuits? Avez vous respiré ces parfums, luxe de l'air deja si pur et si doux? Repondez Etrangers, la nature est elle chez vous belle et bienfaisante?

*Corinne. M.<sup>de</sup> de Stahl.*

¡Andalucía! ¿Quién te cubrió de amores? ¿Quién tu frente coronó de espigas, pámpanos y Laureles? ¿Cuál la mano que extendió

tus olivosas vegas? ¿Quién dió frescor y perfumes a las sombras de tus agrupados naranjos? ¿Quién tantos colores, tantos sonidos? ¿Qué voz sujeta el horrible espanto del aquilón para que puedan tus ríos, en dulces remansos, libar sus márgenes de flores? ¿Quién, en fin, mandó a la encumbrada sierra al hondo mar que te sirviesen de límites?

¿Fué el sol con todo el lujo de sus rayos, o fué el suave aliento que precede la salida de la luna? ¿El aguacero ondeado de esperanzas o el sereno día de la Primavera? ¿Fué el soplo abrasador del estío o fué el canto del ruiseñor? ¿La trisca alegre del aura bulliciosa o la sombría fragancia del rocío? ¿O las trémulas vislumbres del crepúsculo? ¿Fué un poder inmenso o un ocaso feliz? ¡Andalucía! Dime ¿quién te cubrió de amores?

Quedo me respondió: «Todo ha sido, y cada uno dirigido por el espíritu del paraíso que impele al bien, a la dicha».

Pareciome sonido mortal el eco que a mi pensamiento hicieron los campos, bosques, ríos, y las flores y los aromas, y los cantos y los balidos, y todo lo que hermosea la naturaleza.

Y dijo más, dulce y cariñoso, el balsámico eco: «No las huellas del malvado profanarán este suelo, consagrado al espíritu de paz y gozo. Yo lo prometo en esta multitud de sonidos, colores y fragancias; yo la Naturaleza, yo el hábito de la Divinidad, yo el espíritu de amor!»

Fué fantástica visión, pero la profecía ha quedado en el alma, y la esperanza ha vuelto a desplegar sus celestiales alas!

[f. 3 v.]

[4]

#### UNA NOCHE DE ARAGÓN

«Strong in battle are the friends of the dead».

OSSIAN.

«Porque pintar los males diestramente desacredita mucho a quien los siente».

LOPE DE VEGA.

Al acercarse D. Carlos a Zaragoza se apeó de su caballo por no pisar sacrílegamente un suelo consagrado a la eternidad.

Las destrozadas tapias de Zaragoza resaltaban entre sus propias sombras, reflejando en silencio la pálida luz de la Luna. Alguna estrella brillaba sobre ellas como cuando el sitio del dolor. Era la callada hora de la adormida noche. Sólo se oía, a ráfagas, gemir el viento entre tanta ilustre tumba.

Don Carlos contemplaba aquel recinto que encierra tanta ruina, tanta virtud! Arrebatado en sublime éxtasis alzó los ojos a la excelsa bóveda, como si preguntase al ser que todo lo ordena: por qué fué Zaragoza rendida?

Una voz suave y melancólica, como si fuera la de alguna de las sombras de los héroes pasados, o semejante al último suspiro del aire al desfallecer entre las hojas de la selva, interrumpió su meditación. Era la de una mujer que hacía cantar a un niño las glorias de Zaragoza. Atónito D. Carlos se acercó y aumentó su sorpresa ver un rostro angelical, en el cual se confundían las lágrimas con una celestial sonrisa. Creyó ver al angel de piedad adoctrinando el alma inocente. Después de un intervalo de silencio, atento, escuchó estas palabras:

«¡Hijo de Zaragoza! Estas piedras, estas ruinas son los gloriosos sepulcros de los que te han precedido en el camino del honor. Los héroes se han extinguido como la llama que sólo vive algunos instantes. Los campos de sus victorias yacen en silencio. Pero su fama existe en estas piedras, en estas ruinas!»

«No los perversos triunfaron de Zaragoza. Sólo el *Ser que mide en la eternidad y pesa en lo infinito* pudo sojuzgarla. Cuando crujió la rutilante malla enemiga, cuando derramaba estragos el fiero bronce, cuando, a manera del mar en el furor de sus olas, bramaban los aguerridos en maldad, los hijos de Zaragoza veían escrito *batalla* en la frente de su inmortal caudillo [f. 4 r.] y *muerte* en su espada.»

«No de otro modo, a la vista de sus compañeros agita orgulloso el león, con el aire de la brisa, su magnífica melena que, rodeado de todos sus héroes, viose blandir glorioso a Palafox su brillante acero. En vano el cruel enemigo intima *paz y capitulación* o *destrucción y ruina*. Júntanse los de Zaragoza. «Cederemos antes de haber vencido! Los pueblos dirían: Palafox fué el meteoro que se apagó en oscuridad!... *Caigan nuestras espadas sobre esos soberbios cuellos.* <sup>1</sup> *Aunque no quede un edificio, habitaremos las ruinas*

<sup>1</sup> Todo lo rayado son palabras del mismo Palafox.

*y nos defenderemos en ellas. No Aragoneses—yo no se rendirme—después de muertos hablaremos de eso. Responded al tirano: Guerra y cuchillo.»*

«Dijo: Y no es mayor el estruendo de la horrísona tormenta, que fué el grito de guerra en las calles de Zaragoza. Retumbó por los campos enemigos—y por todas partes rompe la atroz pelea. Guerreros, mugeres, niños, todos respiran el noble entusiasmo de su heroico gefe. La Religión precede a su generoso esfuerzo, y en sus brazos aguarda las víctimas.»

«Inexpugnable Zaragoza! Ya harta gloria tenías: no te quiso el cielo tan feliz. Oh! Dios de inexcrutable justicia! Sólo tu brazo venció.»

«¡Noble hijo de Zaragoza! Toma esta espada; fué la de tu padre. Algún día vengarás con ella tus ilustres antepasados. Si ahora sólo puedes, con tu madre, verter lágrimas y flores sobre estas tumbas, día vendrá que mereciendo el laurel de la virtud y valor te hagas digno de yacer en ellas.»

Iba a alejarse en diciendo esto la matrona zaragozana. Don Carlos, no pudiendo sujetar el ímpetu de su entusiasmo, se arrojó a sus pies. «Préstame señora esa gloriosa espada ya que tu hijo no puede esgrimirla en la pelea del siglo. Yo vengaré a su padre. Con ella arrollaré al enemigo cual suele viento impetuoso romper las henchidas olas. Déjame volar con ella al campo de las batallas. Volverá a tus manos tan llena de honor como me la entregas».

Dijo: Y la matrona zaragozana imprimiendo sus virtuosos labios en el consagrado acero, se lo entregó en solemne silencio.

Chiclana 20 marzo. 1809.

[fol. 4 v.]

[5] ANSELMO O LAS ROCAS DEL BRUCH

Escrito en Chiclana en 15 julio 1809.

¿Quién es el que española sangre tiene  
Que hasta después de muerto esté rendido?  
Y aun así, del espíritu en el hueco  
Queda latiendo del valor del eco.

CONDE DE LA GRANJA.

Yo le vi. Sus trémulas pisadas despertaron los ecos de las escarpadas rocas del Bruch que parecían reclinarse sobre sus

prolongadas sombras, como si participasen del reposo general. La cabellera nevada del anciano reflejaba el argentado esplendor de la Luna. Su hija, cual la *Malvina* de *Ossian*, sostenía sus vacilantes pasos. *Anselmo* alzó los ojos por cima de la montaña del Oriente. Oí su voz: «Ves aquella nube con su larga hendidura azul? No de otro modo la vi cuando mis hijos peleaban entre estas fatigadas peñas.—No son otros los agitados brillos de la estrella de la tarde.—El sonido de estas aguas no ha variado.—La maleza del monte exhalaba el mismo perfume silvestre.—Sólo mi corazón es otro».

«Que ufanos fueron al combate!»

«Dónde están las hinchidas trompetas? Dónde la bulla, el tumulto de la pelea? Dónde el estallido del cañón? Dónde el retronar de la victoria?»

«Oh! Manresanos! Vuestro valor fué semejante a la catarata de la montaña.—Se desplomó con toda su soberbia espuma, arrolló al valiente enemigo, y ha dejado en estas rocas el silencio de los sepulcros.»

Aquí enmudeció el anciano. Me acerqué y le pregunté que por qué en las horas calladas de la noche venía a esta soledad. Respondiome:

«Mis dos hijos murieron en la acción de *Cau Masana*, y en estas horas yo ofrezco oraciones sobre sus tumbas. *Mi Beatriz*, (añadió llevando la mano de su hija a sus labios) *Mi Beatriz* también las riega con flores.»

[fol. 5 r.]

Furtivas lágrimas cayeron por los surcos de sus venerables mejillas. Después de algunos momentos prosiguió con más entereza:

«Yo también algún día fuí soldado!... Estrangero! ¿Ignorais la acción de *Cau Massana*? Sus robustos brazos desgarraron la Encina para hacer de ella el tonante cañón. El enemigo avanzó cual la llama empujada por el Uracán. *Los Manresanos*, firmes como sus voces, esperaron el choque de la impenetrable malla. Los arbustos y retamas de sus libres montañas fueron los baluartes, emboscadas y escudos del valiente Español. La hueste enemiga, atónitos, aterrados, confundían en su furor a la peña con el Manresano. «Los bravos también caen, oh! Estrangero!—Cuántos héroes han desaparecido con el estruendo de la Batalla. Pero su fama será

eterna. Anonadaron los invencibles del siglo. Yo les vi cuando se preparaban para la pelea: *Vencer o morir, decían; nuestros padres mitigarán el dolor de nuestra pérdida hablando de nuestro valor. Pero ¿quién habla de morir? Al valiente lo defiende su espada—la muerte sólo sigue los pasos del cobarde.*—Y se arrojaron entre las rocas que retumbaron gloriosas bajo el esfuerzo de sus pisadas,— y vencieron!»

«Estrangero! Afamado es el día de las rocas del Bruch. Cantadlo en países lejanos. Vencieron los *Manresanos* sin armas, sin caudillo, sin ejército. «Vencieron la formidable hueste de los aguerridos galos».

En diciendo esto se alejó el respetable veterano, apoyándose sobre su hija. Los seguí con la vista hasta que el ropaje blanco de *Beatriz* pareció disolverse en aérea neblina. Cogí una de las flores consagradas y me aparté con veneración de las rocas del Bruch.

[fol. 5 v.]

[6]

CINTRA  
(FRAGMENTO)

Salud! Recuerdos encantadores de *Cintra!* De aquellos momentos en que abandonándome a la magia de la naturaleza, olvidada de todo y gozando de todo, supe ser feliz! Días fugitivos cual la vagarosa fragancia de la violeta, dulce asilo, os saludo!

Aun vibra en mi memoria el prolongado suspiro de tus ruiseñores; oigo bullir el viento en los robustos robles, engalanados con los colgantes de la airosa vid.—Allí la madre selva, vertiendo perfumes, enlaza el naranjo con la suelta Haya y se arroja desde el encopetado castaño hasta la humilde pervinca. Innumerables zarzas atan la oscura sabina con el Fresno, y el Álamo de las hojas de plata con el Ciprés. Al lado del Olivo ostenta su soberbia púrpura el granado. El Laurel sombrea blandamente la ligera Acacia. Aun respiro el aura embalsamada de tanto bosque de rosas, mirtos y jazmines.—Veo desplomarse la impetuosa cascada y huirle el tembloroso arroyuelo.—Los bramidos del mar resuenan entre los riscos.—En su cima descubro la mansión de la Austeridad.<sup>1</sup> ¿Qué es del recluso cuya memoria conserva esta descarnada piedra? Sus

1. Convento del *corcho*, en el cual murió un monje en olor de santidad.

días pasaron como la nubecilla de verano, que vaga en el rayo de la Luna. Desde aquí contemplaba la inmensidad de la creación. El dilatado país, el vasto Océano, las mismas estrellas eran sólo un pequeño punto en el abismo de su meditación.—Labro su esperanza en el cielo.—«Yo fui un día su compañero!» me dijo un monge enjugándose la lágrima que quedamente bajaba por sus descarnadas mejillas!... Cintra! Valle delicioso... Mas de tu seno veo descollar triste y callado el viejo Alcázar, alguna vez asilo del placer, de las Musas, del heroísmo y del amor... ¿Qué es de sus bizarros dueños?—Cercado de lobreguez está el aposento en que se aprisionó al hijo de Reyes, Alfonso el sexto... entró en él... y la acerba memoria de mi Rey, mi *Don Fernando el sétimo* hincha mi corazón y...

[fol. 6 r.]

[7]

## CHICLANA

(FRAGMENTO)

En Brighton a diez leguas de Londres, diciembre 1811.

«She is a charming visionary» he exclaimed. «Her mind is stored with images of classic interest, and her heart is throbbing with the truth of national grievance. This is the true patriotism of women.»

IDA OF ATHEM

Era un dulce rincón—rincón alegre y festivo de la hermosa *Andalucía* que, alguna vez, la risueña Primavera señaló por suyo. A lo lejos podeis divisar este ameno valle. La blanca población de *Chiclana* resalta entre el perpetuo verdor de sus bosques de Pinos. A su espalda descuellos una colina coronada por un Castillo de otros días. Al amparo de su antiguo silencio reposan en paz los padres del pueblo. Derrama al pie de sus tumbas el viejo *Salado* sus manchadas aguas.—Grupos de *Arrayanes*, *Lentiscos*, *Carrascas* y *Algarrobos* silvestres adornan el Cerro del Sud, consagrado por una capilla pintoresca a *Santa Ana*, patrona querida del pueblo. Confiado en protección plantó sus viñas y sembró sus mieses el labrador, y cuando vino la cosecha, cantó a su bienhechora.

¡Días de paz! Fiestas de flores y frutas, celebradas al son de guitarras, panderos y castañuelas en los campos de *Santa Ana!*

Aun bulle en mi memoria el murmullo de vuestro alborozo, y se retraza en mi fantasía aquel glorioso paisaje, cuando, sumergiéndose el Sol en el Océano azul, jugaban sus últimos rayos en el puro ambiente, formando una atmósfera de fragancias, sonidos y colores alegres; y mientras la esplendente Luna derramaba su ancha luz sobre la callada población de Chiclana, y las montañas desvanecidas con el crepúsculo, volvían a parecer en el argentado Oriente, aun temblaqueaban en el magnífico piélago los reflejos rosados del pasado día y se diseñaban sobre un horizonte de aéreo verde las murallas de Cádiz. Los tonos del Ruiseñor ondeaban en el perfumado rocío; el incierto ladrido, el distante cencerreo sonaban en la ligera brisa... ¡Voz del contento! en que multitud de dulzuras circulabais en este ámbito de paz!...

¡Viagero! han pasado esos días como pasa el humo del Aloes!—Vi al extranjero encender sus fuegos de guerra con la oliva de los campos de *Santa Ana*.—Vi al cañón destructor amenazar desde los umbrales de su santuario.—Vi la risa del impío en la habitación del dolor.—Vi en los parados semblantes la palidez de la impotente indignación... [fol. 6 v.] ¡y tomaron este lúgubre silencio por conformidad!—¿Qué entiende el vándalo de la expresión del alma?

¡Días de paz, pasados como pasa el humo del Aloes! Lejos de vosotros y semejante a la nube sin agua, juguete de los vientos, entre los yelos de otros climas, en la tierra del extranjero, vuestra idea acompaña mi agitada carrera. Rayos de recordado placer penetran en mi desabrida soledad, aun cuando braman las cien voces del uracan, y el infortunio cae sobre mi corazón. Alzo los ojos al aplomado firmamento y sueño en los horizontes celestes de mi patria. Al través de un velo de neblina, miro los despojados troncos y recuerdo los Arrayanes, Naranjos y Laureles de la *Andalucía*, vanos de sus días de Diciembre!

¡Amor de la Patria! lejos del alma exaltada aquella fría filosofía que procura aminorar su influjo, que te pinta como ilusión de la fantasía, como la brillante visión de un ánimo pequeño!—Varios intereses pueden distraer del empeño nacional; pero el corazón siempre es patricio. Aquel país en que primero aprendimos a amar y a sufrir; aquel país encadena nuestros afectos, y la sensibilidad nos hace patriotas antes que sepamos serlo por principios.

¡Amor indeleble! Acaso si mi Patria fuese libre y feliz, no ha-



brían interesado mi corazón las intrigas de su gabinete, los mezquinos cálculos de su interés comercial o de su ambición legislativa. Pero en su noble infortunio, suyos son todos mis sentimientos. Cantaré sus virtudes, disculparé sus errores y lloraré la falsa política de sus gefes!

[fol. 7 r.]

[8]

## NAPOLEÓN

20 Mayo 1814.

Si; yo he visto al impío elevado a la mayor altura; su elevación se dejaba atrás a los cedros del Líbano; pero a mi vuelta ya no parecía tal hombre. Pregunté por él y ni aun vestigios restaban del lugar que había ocupado.

SALMO.

«Napoleón!» dijo el Eterno. «Napoleón!» revocó la esfera, y el eco fulminante tronó por el universo. «Napoleón!» baja del criminal asiento dó te colocó mi venganza. Es ya pasado tu soberbio día!»

No de otro modo al ímpetu del granizo cae la mies, sepultada en lodo su altanera espiga, mientras la amapola que en su abrigo creció, cede y revive con el uracan que fué derrocado el tirano en medio de sus flamantes legiones.

¿Qué es del valor inmortalizado en Lodi? ¿Qué es de la arrogancia del héroe de Marengo, Jena, Austerlitz? ¿Qué es de la astucia de su peculiar política? Cae el tirano y al través de sus cobardes lágrimas sólo distingue el fiero puñal de la esclavitud y le emponzoñada saeta del ingrato.

Los sentidos se le turban, y el cuadro horroroso de sus iniquidades en su cerebro, se descubre un Océano de sangre en que nadan los corazones que no pudo aniquilar. En un extremo la ciudad de Alcides, impertérrita, tremola el pendón de la libertad; en el otro ondolean las llamas de la *Numancia* del Norte; el reflejo amarillo del incendio cubre la atmósfera, el opresor sólo respira el gemido de sus víctimas.

Abrumada su fantasía le presenta un espectro, cuyo rostro inmóvil surcan lágrimas petrificadas; labios, ojos y cabellos son

blancos; gotas de sangre cuajada llenan el hueco de sus ojos; en la frente lleva embutida una venda de bronce; con una mano sujeta la túnica que en forma de sierpe envuelve sus miembros macilentos; con la otra, fría y glutinosa, agarra la del tirano que, despavorido, alza la vista en busca de un cielo consolador.

Ve pendiente sobre su cabeza la ardiente espada del Angel de las venganzas, a cuyo impulso se mueve el espectro; los brillos de sus alas de diamante enrojecido quebrantan la densa atmósfera y hieren los ojos del tirano; éste desatentado sigue las huellas [fol. 7 v] del Espectro que, por un sendero formado de víboras heladas y resbaladizas, lo lleva a un campo de yelo negro, orilla del funesto océano. «¿Qué eres fantasma horrible?» exclama el miserable. El Espectro sin mover los labios y con una voz honda cual confuso eco de los ayes del abismo, responde: «Soy la *Desesperación*. Engendrome el *crimen* y el *ateísmo* me dice madre. A mi me es dado hallar el *arrepentimiento* y dominar a la *esperanza*. Mi aliento sofoca todas las pasiones, y en mi seno se abriga una muerte inmortal!»

El tirano siente disminuir los latidos de su corazón. Un sudor frío baña su frente, ha poco ceñida de tanto laurel. Sus ojos fijan el horizonte que ve despejarse con toda magnificencia. Una aurora boreal ilumina el Setentrion; en su resplandor centellean las armas de las legiones *germánicas*, abriéndose paso entre olas de sangre. Al Occidente un Iris glorioso abarca la antigua *Iberia*; el héroe del siglo conduce a la victoria los hijos de *Pelayo*. El genio de la paz, coronado de flores de Lis, descorre el nublado que el crimen suspendió sobre el trono de *San Luis*.

Desfalle el tirano. Y en el momento que la desesperación iba a hundirlo en el yelo negro, despierta... llora... y se resigna a la vida!!!

[fol. 8 r.]

## [9] EL GENERAL ELIO O LO QUE SON LOS ESPAÑOLES

El mundo entero oyó con asombro el grito unánime de la Nación Española arrojándose a la tremenda lucha que debió darle la independencia o la muerte. El mundo entero admiró el patriotismo y magnanimidad que, despreciando los riesgos y entre el silbido de las balas, reunió el congreso nacional en el pequeño y glorioso recinto que, único en la *Europa*, tremolaba el pendón de la liber-

tad! Pero qué, sino el loor del cielo mismo merece la noble generosidad con que este pueblo vencedor, a quien se le ha querido imbuir tan alta idea de sus *imprescritibles derechos*, los deponen en manos del amor y lealtad? ¡Fidelidad inaudita! ¡Desprendimiento heroico que, a la par de su valor y constancia, caracterizan esta noble nación!

Mis ojos se arrasan en lágrimas al contemplar el cuadro de esas virtudes sublimes que brillarán en las páginas de la Historia y que la admiración ha de grabar en las almas de las generaciones venideras.

El sobrio y honrado pueblo Español sufrió en silencio las debilidades del trono de sus Reyes; el justo y valiente pueblo Español, sin más armas que su inocencia y virtudes, declaró guerra eterna y triunfó del tirano conquistador de la Europa, jurando espontáneamente por su legítimo soberano al *St. D. Fernando el setimo*; el generoso e ilustre pueblo Español sancionó el código que debió regirle durante la cautividad de su amado Monarca; y el religioso y leal pueblo Español acaba de deponer en manos del Rey las facultades que le habrían adquirido sus heroicos esfuerzos!

¿Qué es para ellos esa soberanía, primera ilusión del poema político con que se les ha querido embaucar? ¿Qué son para ellos esos artificiales y fantásticos *derechos del hombre*, cuando poseen un decálogo perfecto conferido por un legislador divino? ¿Qué es para ellos esa vana libertad que desata las pasiones y desquicia los gobiernos?

El Español a quien aun la falta de esperanza no supo arredrar cuando trató de resistir al crimen y a la tiranía, humilde ante aquellos objetos que veneraron sus heroicos antepasados, abandona el poder que le dió su valor, y entrega su bastón con que condujo sus huestes a la victoria al idolatrado monarca por quien juró derramar hasta la última gota de su sangre, «Empuñadlo Señor», le dice; y las lágrimas del más noble enternecimiento no le dejan proseguir. ¡Esforzado Guerrero! ¿Creiste en aquel momento deponer tu gloria, tu independencia, tu patriotismo en manos de un tirano? ¿Fué esta grandiosa subordinación hija de un miedo servil? Ah! Cuán lejos de tu alma ideas tan ofensivas al Monarca que el cielo te envía, sembrando de prodigios la senda trazada por la lealtad Española! Los bellos sentimientos que hirvieron en tu corazón

dictaron tu conducta. Se agolparon en tu memoria todas aquellas imágenes gloriosas que la mano helada del jacobino ha procurado en vano borrar del alma española. Viste en *Fernando* el padre, el salvador de tu patria en peligro. Percibiste en su dulce presencia aquella esperanza, hija de la virtud, que impele a nobles acciones, y la generosa confianza que caracteriza el digno militar. ¡Honor eterno al primer intérprete de los sentimientos de su Patria! ¡Honor eterno a esta Patria en la que no han tenido cabida las vanas teorías de una filosofía espuria, ni las preocupaciones de una vanidad monstruosa, ni el frío cálculo del interés individual, ni las especiosas máximas de una libertad mal entendida, ni la impía indiferencia de los espíritus fuertes!

¡Honor eterno al joven y virtuoso Monarca cuyo carácter luces y benevolencia respiran en cada renglón del Manifiesto con que tranquiliza las dudas vituperables de algunos, y llena las esperanzas de aquellos que, confiados en Dios, siempre han visto en *Fernando* el iris de alianza entre su Patria y el cielo!

Mayo 1814.

(Concluirá)

